

## LECCIÓN 10: LOS ENGAÑOS FINALES DE SATANÁS

En la entrega anterior descubrimos que la estima propia constituye la esencia de la Babilonia histórica y escatológica. Todo lo que Babilonia hace, dice o enseña, gira alrededor del “yo”. De hecho, su vino tiene por ingrediente principal la altivez que transpira. Lastimosamente, su bebida mortal ha embriagado a “los moradores de la tierra” (Apocalipsis 17:2). ¿En qué consiste ese vino? La mensajera del Señor responde a esta pregunta en la siguiente cita: “El vino de Babilonia consiste en la exaltación del falso día de reposo sobre el sábado que el Señor Jehová ha bendecido y santificado para uso del hombre, y también es la creencia en la inmortalidad del alma” (2 *Mensajes Selectos*, 77). Así que el vino de Babilonia tiene por componentes básicos los dos errores capitales que Satanás usará en el tiempo del fin para engañar al mundo: (1) la santidad del domingo y (2) la inmortalidad del alma.

Babilonia ha abanderado el domingo como día de reposo, lo cual ya había sido vaticinado por Daniel al afirmar que el cuerno pequeño “pensará en cambiar los tiempos y la ley” (Daniel 7:25). En contraste con Babilonia, la Biblia enseña claramente que el sábado es el único día que Dios bendijo, santificó y reposó (Génesis 2:3). El mismo Cristo reclamó el señorío del sábado y afirmó su vigencia en el tiempo, cuando declaró: “El Hijo del Hombre es Señor aun del sábado” (Marcos 2:28). El sábado es una señal que conmemora el poder creativo (Éxodo 31:17) y redentor (Deuteronomio 5:15) de Dios. En ninguna parte de las Escrituras encontramos que el Señor haya alterado o suprimido su observancia. ¿Cómo podría ser esto posible si “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8)? Sin embargo, a pesar de la abrumadora evidencia bíblica que respalda la perpetuidad del sábado, Roma se ha adjudicado la prerrogativa de cambiar el mandamiento. ¿Cuál es su argumento? “La iglesia está por encima de la Biblia y este cambio de la observancia del día de reposo del sábado al domingo es prueba positiva del hecho” (*The Catholic Record*, 01/09/1923). ¿Lograste ver en esta declaración la esencia de Babilonia? Roma afirma que la razón de este cambio es porque su “yo” organizacional “está por encima de la Biblia”. No cabe duda, tal y como lo dijo Pablo, que este sistema “se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:4). Sus pretensiones solamente son un eco de la egolatría que obsesionó a su fundador: “Sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo” (Isaías 14:14). Así que la alteración del cuarto mandamiento tiene su origen en el “yo” romano, ese “yo” que sin pudor alguno afirma: “Nosotros ocupamos en esta tierra el lugar de Dios Todopoderoso” (*The Great Encyclical Letter of Leo XIII*, 304).

Pero el cáliz de Babilonia no solamente otorga santidad al domingo, sino también presenta la muerte como un estado de consciencia, un dogma que abiertamente contradice las enseñanzas de la Biblia. El sabio Salomón escribió que “los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido” (Eclesiastés 9:5). El

mismo Jesús comparó la muerte con un sueño, cuando resucitó a Lázaro: “Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto” (Juan 11:11-14). El hombre no es inmortal por naturaleza. las Escrituras nos dicen que la inmortalidad será adjudicada a los santos en la segunda venida de Cristo. Es en ese momento cuando “nuestra naturaleza corruptible se revestirá de lo incorruptible, y nuestro cuerpo mortal se revestirá de inmortalidad” (1 Corintios 15:53, DHH). Babilonia niega estas verdades fundamentales sobre la muerte, y emplea la misma mentira que Satanás usó para seducir a nuestros primeros padres: “No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios sabiendo el bien y el mal” (Génesis 3:4-5). Cómo verás, el espiritismo que Roma y sus hijas promueven está fundamentado sobre dos grandes pilares: (1) La inmortalidad del alma (“no moriréis”) y (2) La egoestima (“seréis como Dios”). En realidad, el espiritismo, al igual que toda falsa doctrina de Babilonia, es en esencia egolatría. No olvides que el “yo” es el ingrediente principal del vino putrefacto de este sistema caído. El espiritismo enseña que no podemos morir, y que somos inmortales como Dios. Esto significa que no existe el pecado, pues “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23); y si no existe el pecado, no hay necesidad de ley. Veamos a continuación cómo Elena de White describió los postulados de este vil engaño: “El espiritismo asegura que los hombres son semidioses no caídos; que ‘cada mente se juzgará a sí misma’; que el ‘verdadero conocimiento coloca a los hombres por encima de toda ley’; que ‘todos los pecados cometidos son inocentes’; porque ‘todo lo que existe es correcto’, y porque ‘Dios no condena’. Pretende que están en el cielo, exaltados, los seres humanos más viles. Declara a todos los hombres: ‘No importa qué hagáis; vivid como os plazca; el cielo es vuestro hogar’. Multitudes llegan así a creer que el deseo constituye la ley suprema, que el desenfreno es libertad, y que el hombre es responsable solamente ante sí mismo” (*La Educación*, 205). ¿Lo notaste? El espiritismo es más que una veneración a la inmortalidad intrínseca que supuestamente tiene el hombre, el espiritismo es realmente un tétrico y espantoso culto al “yo”.

Cada falsa doctrina de Babilonia es una amplificación del “yo”. Babilonia enseña que el domingo es el día de reposo, lo que en principio equivale a “YO determino cuándo adoraré a Dios, y tengo el poder para santificar un día con ese propósito”. Babilonia enseña que el alma es inmortal, lo que en principio equivale a “YO no puedo morir, porque soy inmortal”. Babilonia enseña que puedes ser salvo por obras meritorias, lo que en principio equivale a “YO puedo salvarme, y no necesito de Dios para arrepentirme, creer y obedecer”. Babilonia enseña que no hay distinción entre carnes limpias e inmundas, lo que en principio equivale a “YO puedo comer lo que quiero, pues mi cuerpo es mi posesión y no un templo de Dios”. Babilonia enseña que puedes venerar imágenes de santos, lo que en principio equivale a “YO decido a quién adorar y cómo hacerlo”.

¿Cuál es la clave para evitar ser seducidos por los engaños de Babilonia, que en esencia son una manifestación del orgullo humano? La respuesta está en los encantos incomparables de Cristo y en esa preciosa cruz que tiene el poder de avergonzar cualquier corazón orgulloso. La mensajera del Señor escribió: “¿Qué es lo que da el nivel apropiado a la mente humana? Es la cruz del Calvario. Contemplando a Jesús, que es el Autor y Consumador de nuestra fe, desaparece todo deseo de glorificación propia, se origina un espíritu de humillación y de humildad de la mente... Dios en Cristo... si se lo ve correctamente, nivelará la exaltación y el orgullo humano. No habrá exaltación propia, sino que habrá una verdadera humildad. La luz reflejada de la cruz del Calvario humillará todo pensamiento orgulloso” (*Nuestra elevada vocación*, 116). Cristo y su justicia es lo único que puede abatir en el polvo nuestra autosuficiencia, y conducirnos a depender de toda palabra que sale de la boca de Dios. La cruz del Calvario es el remedio eficaz para que el amor propio desaparezca. “Nadie sino Dios puede subyugar el orgullo del corazón humano. No podemos salvarnos a nosotros mismos. No podemos regenerarnos a nosotros mismos. En los atrios del cielo no se cantará ningún cántico que diga: A mí que me he amado, que me he lavado, que me he redimido a mí mismo, a mí sea tributada la gloria, la honra, la bendición y la alabanza. Sin embargo, esta es la nota tónica del cántico que muchos entonan aquí en este mundo... Todo el evangelio consiste en que aprendamos de Cristo, su humildad y mansedumbre” (*Testimonios para los ministros*, 456).

Oh hermano querido, mira la cruz, contempla al Cordero. Fija tus ojos en Aquel que puede darte libertad plena de tu amor propio, y que puede quitar la pesada carga de pecado que tanto abate tu alma. No te resistas a la atracción de esa vieja cruz, la cual puede romper las gruesas y pesadas cadenas con las que te ha esclavizado el rey de Babilonia por tantos años. Mira al Señalado entre diez mil, mírale solamente y recibe su palabra, la cual tiene el poder para darte un nuevo corazón y evitar que seas vencido por las sutilezas de Babilonia. Su gracia es el antídoto que necesitas. Recíbela hoy, y todo vestigio de orgullo será expulsado de ti.

Autor: Oscar Pacheco



<https://www.facebook.com/photo?fbid=777174013850455&set=a.590705622497296>